

UNO MÁS UNO SON ONCE

Virginia Betancourt Valverde

RESUMEN

En la presente conferencia se narran los inicios y el desarrollo de un proyecto venezolano de cambio social, destinado a promover la lectura y a garantizar a la población el acceso a la información y a los conocimientos. Este proyecto fue parte del deseo de innovación que caracterizó a la sociedad venezolana a partir de 1958, y de la necesidad de aplicar los conocimientos y las nuevas tecnologías al desarrollo económico y social del país, a fin de formar ciudadanos para el ejercicio de la democracia. En tal sentido, se narra cómo un grupo de venezolanos y extranjeros contribuyeron, en un lapso de 30 años, al mencionado proceso de modernización, a través del establecimiento de un Sistema Nacional de Bibliotecas que facilitaría el acceso a los libros, a la información, y que estimularía la búsqueda del conocimiento en nuestra sociedad.

Palabras clave: biblioteca, información, tecnología, democracia, Venezuela.

ABSTRACT

ONE PLUS ONE EQUALS ELEVEN

In this conference, I refer to the beginning and development of a Venezuelan project for social change, aimed at promoting reading and guaranteeing people's access to information and knowledge. This project was part of the desire of innovation that characterized Venezuelan society since 1958, and the need to apply knowledge and new technologies to the country's social and economic development, in order to prepare citizens for the exercise of democracy. In this sense, I relate how a group of Venezuelans and foreigners contributed to the process of modernization, in a 30 year period, through the establishment of a National System of Libraries that would facilitate the access to books and information, and would stimulate the search of the knowledge in our society.

Key words: library, information, technology, democracy, Venezuela.

RÉSUMÉ

UN PLUS UN EGALE ONZE

Dans cette conférence je raconte le début et développement d'un projet vénézuélien de changement social, destiné à promouvoir la lecture et garantir l'accès à l'information et aux connaissances par la population. Ce projet a fait partie du désir d'innovation qui a caractérisé la société vénézuélienne à partir de 1958, et du besoin d'appliquer les connaissances et les nouvelles technologies au développement économique et social du pays, afin de former des citadins pour l'exercice de la démocratie. Ainsi, je raconte comment un groupe de Vénézuéliens et d'étrangers ont participé, pendant 30 ans, au processus de modernisation, à travers de l'établissement d'un Système National de Bibliothèques qui faciliterait l'accès aux livres et à l'information, et qui stimulerait la recherche des connaissances dans notre société.

Mots-clé: bibliothèque, information, technologie, démocratie, Vénézuela.

RESUMO

UM MAIS UM SÃO ONZE

Na presente palestra narram-se os inícios e o desenvolvimento de um projeto venezuelano de câmbio social, visado à promoção da leitura e a garantir à população o acesso à informação e ao conhecimento. Este projeto foi parte do desejo de inovação que caracterizou à sociedade venezuelana a partir de 1958, e da necessidade de empregar os conhecimentos e as novas tecnologias ao desenvolvimento econômico e social do país, com o propósito de formar cidadãos para o exercício da democracia. Neste sentido, narra-se como um grupo de venezuelanos e estrangeiros contribuíram, em um período de 30 anos, ao mencionado processo de modernização, através do estabelecimento de um Sistema Nacional de Bibliotecas que facilitaria o acesso aos livros, à informação, e que estimularia a busca do conhecimento em nossa sociedade.

Palavras-chave: biblioteca, informação, tecnologia, democracia, Venezuela.

I. INTRODUCCIÓN*

En respuesta a una gentil invitación de la profesora Luz Marina Rivas, directora de Postgrado de esta Facultad, compartiré con ustedes los inicios y el desarrollo de un exitoso proyecto venezolano de cambio social, destinado a promover la lectura y a garantizar a la población el acceso a la información y a los conocimientos, como sustento de la modernización del país y soporte de su democracia.

A partir de 1958, nuestra sociedad se caracterizó por su apertura a la innovación, por el deseo de aplicar los conocimientos y las nuevas tecnologías al desarrollo económico y social, y por el reconocimiento de la necesidad de formar ciudadanos para el ejercicio de la democracia.

En ese contexto, un grupo de venezolanos y extranjeros tuvimos la oportunidad, en un lapso de treinta años, de contribuir al proceso de modernización en lo concerniente al logro de una sociedad donde todo ciudadano estuviera en condiciones de acceder a la información y a los conocimientos mediante la organización de un Sistema Nacional de Bibliotecas, y así lograr tanto la eficiencia del mismo por el estímulo al aprendizaje y goce de la lectura como la disponibilidad de libros, publicados en el país, sobre Venezuela.

Esa experiencia nos permitió a todos los integrantes aprender a trabajar en equipos interdisciplinarios, a vincularnos a otros organismos en el diseño y desarrollo de proyectos, a adoptar tecnologías de punta y, sobre todo, a reconocer el papel clave de la gente en el éxito de cualquier empresa. Mi tarea consistió en contagiarlos de la pasión de servir y convencerlos de las ventajas de la persuasión para ganar aliados.

He optado por compartir con ustedes, de manera coloquial, los pequeños ensayos y los proyectos de la etapa inicial de ese proceso, que se fue definiendo gradualmente, en contacto con la realidad, por reconocer en ellos los valores y las estrategias que condujeron al establecimiento de un Sistema Nacional de Servicios de Bibliotecas.

* Conversación de Virginia Betancourt Valverde con profesores y alumnos del Postgrado de la Facultad de Humanidades y Educación de la UCV, Caracas, el 1.^o de octubre de 2008.

2. DEL CANJE DE LIBROS DE TEXTO USADOS A LA DEFINICIÓN DE UNA POLÍTICA NACIONAL DE LECTURA

Para entender el germen de esta experiencia, es necesario retrotraerse al año 1958, caracterizado por un sentimiento compartido de unidad en defensa de la democracia, identificado como *el espíritu del 23 de enero*. A partir de esa fecha, los presos políticos son liberados y los exiliados retornan comprometidos a servir a su país en el escenario en que pudieran participar. Entre ellos, llega Carmen Valverde, quien hace suyo ese espíritu y organiza el Comité de Solidaridad Humana, una ONG de bajo perfil, creada por las mujeres ligadas por lazos afectivos a Acción Democrática (AD) con el propósito de facilitar a los perseguidos por la dictadura la obtención de asistencia médica, trabajo, vivienda, escuelas y útiles escolares para sus hijos.

Esa última actividad evidenció el alto costo de los libros de texto. De allí la receptividad de Doña Carmen a la proposición de Luisa Adam, una de las integrantes del Comité, de recaudar libros de texto usados para distribuirlos entre los necesitados. La elección de su esposo, Rómulo Betancourt, como Presidente de la República, en diciembre de ese mismo año, impidió su participación directa en la ejecución del proyecto. Sin embargo, ella le dijo a Luisa que su hija Virginia, al regresar al país, seguramente ayudaría a llevarlo a cabo.

Por mi parte, había salido al exilio con mis padres cuando tenía trece años y regresé a Venezuela en 1959. Tal y como predijo mi madre, al conocer el proyecto, decidí apoyarlo como una actividad voluntaria temporal. Hicimos la primera recolección al final del año escolar 1959, con caravanas de voluntarios, que recorrieron las urbanizaciones con megáfonos y lograron recaudar y almacenar 20.000 libros. Las señoras responsables y los jóvenes que las habían ayudado, se dedicaron a clasificarlos en dos categorías: Libros de texto y Otros libros, cuyo posterior destino fue un salón de lectura.

Al término de las vacaciones, los jóvenes volvieron a sus aulas y las señoras del Comité organizaron guardias para atender el canje de lo recolectado. Escucharon las recomendaciones de los beneficiarios y entre ambos grupos elaboraron las reglas de juego del servicio de canje de libros de texto. Por demanda de la gente, este servicio está aún activo.

El 19 de mayo de 1960, firmamos el Acta Constitutiva del Banco del Libro, cuyo modesto objetivo inicial fue crear conciencia en la comunidad

acerca del grave problema educativo causado en el alumnado por la carencia de libros de texto.

Constatamos, con horror, que las ilustraciones de los libros recaudados eran insulsas, la metodología y los contenidos desactualizados y ajenos a nuestro entorno natural y cultural. La cruda realidad suplió el denso estudio. Era evidente que la gravedad de la situación residía más en la pésima calidad de los libros que en su ausencia en las aulas. Nuestra reacción fue la de contribuir a revertir la situación, favoreciendo el diálogo entre los editores de los textos y las autoridades educativas responsables de su evaluación; así como de la autorización de circulación. Sabíamos que la tarea iba a ser larga. A corto plazo, optamos por demostrar que, en este país, se podían hacer libros de texto de calidad, y lo logramos en 1962, al aliarnos con Pro-Venezuela en el patrocinio de un concurso para premiar al mejor libro inédito, destinado al aprendizaje de la lectura, de acuerdo con el método global, recién adoptado por el Ministerio de Educación (ME). El libro debía estar escrito por educadores venezolanos y sus contenidos, vinculados a nuestra cultura. Para sorpresa de todos, compitieron varios títulos y el ganador fue *Un niño venezolano*, elaborado por cinco maestras de primer grado, y publicado por Pro-Venezuela en 182.000 ejemplares, cifra récord en aquellos tiempos. Los otros títulos fueron impresos, ese mismo año, por la iniciativa privada. El concurso permitió un feliz encuentro con una veterana e inteligente pedagoga, Ana Emilia Delón, representante, en el jurado, de la Dirección de Primaria del ME, quien de allí en adelante se convirtió en nuestra hada madrina.

Dos años más tarde, después de estudiar los libros recaudados, publicamos el Primer catálogo de libros de texto en educación primaria, con indicación de los datos bibliográficos de cada título y el número de la Gaceta Oficial en el que aparecía la autorización de circulación. Así demostramos que solo 8,14% de los 310 títulos del mercado estaban autorizados. Los importadores y los editores de libros de textos se pusieron a derecho. Sin embargo, esto no produjo la reacción deseada en el ME, ocupado en la loable empresa de crear escuelas en todos los rincones del país.

Ante tal indiferencia, organizamos, ese mismo año, el Primer seminario de libros de texto en educación primaria, presidido por Luis Beltrán Prieto, y allí participaron diversos autores, editores, maestros de aula, sindicalistas de artes gráficas, directivos de la Federación Venezolana de Maestros y funcionarios de la Dirección de Primaria del Despacho. Muchos de ellos se encontraron por primera vez y comprendieron que juntos podían hacer la diferencia.

Ese evento, unido a la expansión de la educación primaria, estimuló el desarrollo de la industria del libro de texto en el país y transformó a los importadores en editores.

Otra secuela del Seminario fue la elaboración, por equipos de profesores de la Dirección de Primaria del ME, del Instituto Pedagógico, del Centro de Educación Rural de *El Mácaro*, y del Banco del Libro, de la definición de las características del libro de texto y otros materiales educativos en educación primaria y de sus respectivas guías y tablas de evaluación. Estas se aprobaron y aplicaron tan pronto como fueron entregados al ME.

Cuatro años después de la fundación del Banco del Libro, se habían dado los primeros pasos para llamar la atención sobre la baja calidad de los libros de texto, pero no se les había proporcionado el entrenamiento necesario a los maestros para su aprovechamiento. Ello se cumplió en nuestra Biblioteca Pedagógica Daniel Navea, dirigida por Doris Spencer, desde donde se fortalecieron las Bibliotecas Escolares (BE) existentes en la capital.

Como consecuencia del esfuerzo colectivo antes reseñado, el ME acordó en 1966, por gestiones de Prieto, la gratuitud del libro de texto en educación primaria, mediante el préstamo anual, y la obligatoriedad de contar con una biblioteca escolar en cada plantel, lo que implicó reducir a su justa medida la importancia didáctica del libro de texto.

La ejecución del decreto comenzó con la edición, por *El Mácaro*, de un millón de ejemplares de más de diez títulos de libros de texto, literatura infantil y lectura informativa. Además, el Ministerio de Educación obtuvo otros títulos de editoriales privadas; esto, sin embargo, dejó de ejecutarse, sin pena ni gloria, por la objeción de los responsables de elaborar el presupuesto nacional, quienes aún definían la educación como un gasto y no como una inversión. Se cometió el grave error de no defenderlo a capa y espada.

3. DEL PROYECTO GUAYANA DE BIBLIOTECAS ESCOLARES A LA AMPLIACIÓN DE ESE SERVICIO A ESCALA NACIONAL

El equipo de MIT-Harvard, responsable de la planificación del desarrollo de Ciudad Guayana, se impactó al constatar el bajísimo nivel educativo de los obreros de la zona y la ausencia de libros en las aulas. Conocedor de la labor realizada por el Banco del Libro, Héctor Font, Director de recursos humanos de la Corporación Venezolana de Guayana (CVG), nos solicitó una selección

de textos que serían adquiridos por la empresa y donados a los alumnos de 1.^º a 6.^º grado. Lo persuadimos de invertir el aporte asignado en la creación de una biblioteca escolar (BE) en cada uno de los siete planteles existentes.

Fuimos designados y contratados como coordinadores del Proyecto Guayana de Bibliotecas Escolares. Ese proyecto nos brindó la oportunidad de poner en práctica todo lo que habíamos aprendido y nos permitió demostrar la posibilidad de conjugar la extensión de la educación primaria con el énfasis en su calidad y de lograr aportes empresariales a las escuelas vecinas de su área de trabajo.

Las siete BE iniciales contaron con una gran variedad de los mejores libros educativos y recreativos disponibles, escasos en relación con temas venezolanos, seleccionados no solo en función del programa de estudios, sino con la intención de convertir la lectura en una herramienta indispensable en el proceso de aprendizaje. Estas bibliotecas fueron inauguradas, en 1969, por el presidente de la República, Raúl Leoni, y por el general Alfonzo Ravard, presidente de la CVG.

A esas siete primeras BE se sumaron ocho instaladas en nuevos planteles, así como otras construidas al ritmo de la demanda de los inmigrantes, muchos de ellos analfabetas, de los estados vecinos. En estas últimas se ensayaron dos modalidades de BE: las de aula y el binomio de un depósito de libros de texto y referencia en el plantel, complementado por un *Bibliobús*, con lectura informativa y literatura, que circulaba entre varias escuelas.

La dirección del proyecto la ejercimos Ana Emilia Delón, Héctor Font y yo. La coordinación de su ejecución estuvo a cargo de educadoras, que resultaron excepcionales gerentes. Ellas fueron: Ligia Bianchi, desde Caracas, y Lilian Aguilar y Blanca Araujo, en Guayana.

Por su carácter pionero en América, por su lejanía de Caracas y su carencia de experiencia en el uso de libros en el aula, la ejecución del proyecto fue extremadamente compleja y pudo realizarse por la capacidad organizativa de los entes participantes y la mística de sus representantes. Su desarrollo implicó la escogencia, adquisición, procesamiento técnico de la dotación, en Caracas, y la entrega después de cruzar el río Orinoco en chalanas.

Gracias a la experiencia acumulada por Ana Emilia Delón, y a su autoridad, se pudo establecer el precedente de escoger a las mejores docentes como directoras del nuevo servicio. Su formación y supervisión la asumieron maestras en ejercicio, con grado de bibliotecarias universitarias, cedidas en comisión de servicio por el ME: Olga Oropeza de Ojeda, profesora del Postgrado de la Facultad de Humanidades y

Educación, Minerva Léidenz y Doris Marcano de Díaz, quien llegó a ser directora de Bibliotecas Escolares del ME.

Al iniciar la experiencia, se evidenció la seria dificultad de los maestros en el uso de los libros, y esto se atribuye no solo a su falta de familiarización con ellos, sino a sus limitaciones de comprensión lectora. Para subsanar esta situación, organizamos, en Caracas, equipos interinstitucionales de educadores responsables de elaborar una variedad de herramientas destinadas a facilitar el aprovechamiento de los recursos disponibles.

Más tarde, confirmamos las deficiencias de los maestros en la enseñanza de las matemáticas y las ciencias, así como su resistencia a utilizar materiales didácticos no impresos. Por ello, creamos, fuera de los planteles, el Centro de demostración del uso de materiales educativos, dotado de costosos recursos para el aprendizaje que se prestaban a las bibliotecas, y cuya principal labor fue la capacitación de los maestros en esas áreas deficitarias.

El día de la inauguración del Centro, el 18 de febrero de 1972, el ministro de Educación, Enrique Pérez Olivares, en su discurso, sentó las bases de una política nacional de lectura. Ese día, el Ejecutivo reconoció formalmente la responsabilidad que le correspondía en la promoción de la lectura en todos los niveles de la educación formal e hizo posible, a futuro, la obtención de recursos presupuestarios destinados a bibliotecas escolares y públicas.

Durante los mandatos de Rómulo Betancourt y de Raúl Leoni, contamos con la receptividad de nuestras propuestas de innovación por parte de los funcionarios del ME, miembros de Acción Democrática, que habían sufrido la persecución de la dictadura y orientaban su trabajo al logro de una mayor y mejor educación para las mayorías, con un fervor y un desinterés personal admirable. Cabía la duda de que esa solidaridad se quebrantara al llegar al poder el Dr. Caldera, pero ese no fue el caso. Los ministros Héctor Hernández Carabaño, antes, y Pérez Olivares, luego, ambos socialcristianos, apoyaron el proyecto, lo que garantizó la continuidad de ese empeño, independientemente del signo ideológico del gobierno de turno.

4. DE PEQUEÑOS SALONES DE LECTURA A LA BIBLIOTECA PÚBLICA PILOTO DE CARACAS

No todos nuestros esfuerzos estuvieron dirigidos a la educación escolarizada. Si deseábamos contribuir a formar ciudadanos capaces de buscar información y conocimientos, el mejor vehículo era la biblioteca pública. Por ello creamos, en los

primeros cuatro años posteriores a la fundación de la Asociación, siete pequeños salones de lectura, casi todos en barrios populares de Caracas. Estos ensayos, aparentemente intrascendentes, dieron pie a la construcción, en 1964, de la primera biblioteca pública piloto moderna de la capital.

José Agustín Catalá, director del Plan de Emergencia y responsable de la creación del parque Arístides Rojas de Maripérez, coincidía con nosotros en cuanto a la importancia de instalar una biblioteca pública en cada parque de la ciudad. Para concretar ese propósito, Catalá aceptó que en ese parque se construyera la Biblioteca Pública Mariano Picón-Salas, con fondos de la empresa Creole. Su arquitecto, Luis Jiménez, la integró a su entorno y la abrió, con ventanales a El Ávila.

La calidad del diseño del edificio y de su mobiliario, la diferenciación de las salas por tipo de usuario, la ubicación de los libros en estanterías abiertas y bien señalizadas, la actualización de la colección de acuerdo con la demanda de los usuarios, la exhibición permanente de los trabajos plásticos de los niños, las actividades de danza, teatro, títeres, la hora del cuento diaria y la calidad del personal generaron una fiel y creciente clientela. La biblioteca, dirigida por Doris Spencer, amplió su radio de acción mediante el préstamo al hogar y el servicio de *Bibliobús* a escuelas, dirigido por la maestra Grecia Russo.

Deseábamos establecer nuevos servicios en zonas de menores ingresos. Por ello, hicimos contacto con el Presidente del Instituto Nacional de Capacitación y Educación (INCE) y le señalamos la necesidad de complementar el aprendizaje manual de los alumnos con la comprensión de las instrucciones escritas. Ante sus dudas, le sugerimos una prueba piloto del servicio bibliotecario móvil, cuyo resultado fue tan favorable que, en 1971, el servicio fue contratado para atender once de sus centros de Caracas; también extendimos el servicio a distintos barrios de la ciudad ese año. En esta nueva faceta, se incorporaron estudiantes de la Universidad Central de Venezuela (UCV), y se rompió la hegemonía femenina de una década en el Banco del Libro.

Los ensayos antes reseñados le dan la razón al economista escandinavo Shumpeter cuando, siguiendo las ideas de Schumacher, afirmaba: *Lo pequeño es hermoso*. Ellos fueron el sustento de las normas y procedimientos para la organización y funcionamiento de diferentes tipos de servicios de bibliotecas públicas y escolares, transferidos más tarde a la Biblioteca Nacional (BN) y a otros países de América Latina.

Con el fin de obtener materiales para el Centro de Culturas Infantiles de Unicef, con sede en New York, nos visitó su directora, Anne Pellowsky, eminentemente experta en literatura infantil de EE.UU. En una de sus estadías nos comentó que solo había hallado una organización parecida al Banco del Libro: la auspiciada por Farah Diba, la esposa del Sha de Irán, quien promovía la lectura, especialmente entre las niñas, con el fin de modernizar su país. La Emperatriz de Irán nos aconsejó editar nuestros propios libros infantiles.

Esa posibilidad no había cruzado por mi mente. Le di la razón y Farah Diba facilitó el ingreso, como pasantes, de representantes de nuestra Asociación, a las prestigiosas y exclusivas editoriales de literatura infantil de Manhattan. Las seleccionadas fueron Carmen Diana Dearden, venezolana, directora de los servicios de *Bibliobús* y Verónica Uribe, periodista chilena exiliada. Así se gestó Ediciones Ekaré, cuyos títulos originales son traducidos a varios idiomas por la demanda de las bibliotecas públicas y escolares.

El transcurso de los años me ha permitido reconocer el error de no haber dejado constancia, en términos académicos, de los procesos cumplidos en el Banco del Libro y no haber llevado un registro audiovisual de los mismos.

5. DE LA REFACCIÓN DEL VIEJO EDIFICIO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL A LA CREACIÓN DEL SISTEMA DE SERVICIOS DE BIBLIOTECAS DE VENEZUELA

En abril de 1974, recién juramentado, el presidente Carlos Andrés Pérez citó, en Miraflores, al bibliógrafo don Pedro Grasses, a los arquitectos Tomás Sanabria y Julián Ferris, al financista Enrique Delfino, y a mí. Al iniciar la reunión, el Presidente nos dijo que debía tomar una decisión sobre el destino del edificio Helicoide y que, antes de hacerlo, quería conocer nuestra opinión. Contrario a lo previsible, las sucesivas reuniones del grupo fueron muy fructíferas, gracias a la disponibilidad de un estudio de factibilidad realizado por el Arquitecto Oscar Tenreiro. Al término de nuestras deliberaciones, indicamos que ese edificio no era adecuado para la Biblioteca Nacional y propusimos la construcción de la sede de la institución en los terrenos disponibles, en los alrededores de El Panteón Nacional, en la vecindad de los Poderes Públicos. El Presidente acogió nuestras recomendaciones y ordenó al Ministerio de Obras Públicas la expropiación del terreno, así como la programación y el diseño del edificio. Seis meses más tarde recibí una llamada telefónica del Presidente, quien me pedía asumir la Dirección de la BN, a punto de ser clausurada por

orden del Ministerio de Sanidad y del Cuerpo de Bomberos de Caracas. Mi primera reacción fue negarme, por querer mi trabajo, desconocer la organización y el funcionamiento de esa institución, y no ser bibliotecóloga. Como era su costumbre, el Presidente insistió basándose en mi experiencia gerencial y en las referencias recibidas de los miembros del grupo asesor antes citado. Era difícil negarme, por haber compartido con él el exilio en La Habana y en San José de Costa Rica. Opté por responderle que me encargaría de la Dirección por el tiempo requerido para comprender el problema, proponerle soluciones, sugerirle una terna de posibles directores permanentes, y así lo hice.

Ese mismo mes fui juramentada en el Despacho del Ministro de Educación y desde ese momento se inició un proceso, semejante a un torbellino, que exigió atender, en paralelo, lo urgente, lo importante y lo trascendente.

Al concluir el acto, me trasladé a la BN, saludé al personal y recorrió las instalaciones, cuyo deterioro físico era evidente. La biblioteca estaba situada al sur del Congreso Nacional, entre las Academias y la Corte Suprema de Justicia. Había sido construida de acuerdo con el diseño del Ingeniero Alejandro Chataing, en sintonía con el modelo de la gran sala de lectura rodeada de varios pisos de estantería, característico de las bibliotecas europeas del siglo XIX. Fue inaugurada el 5 de julio de 1911, al inicio de la dictadura de Juan Vicente Gómez, y detrás de ella se había edificado una extensión, durante la presidencia del General López Contreras, que funcionaba como depósito de las colecciones. Me conmovió el evidente desdén de los gobiernos democráticos y de los académicos hacia la preservación de la memoria nacional impresa.

La primera medida que tomamos era la única posible: cerrar por varios meses el acceso del público al recinto. Así pudimos acometer los arreglos de electricidad, de los servicios sanitarios y de las goteras. Paralelamente a estas tareas, comenzamos a atender lo importante, que fue llevar a cabo un diagnóstico preliminar del aspecto técnico bibliotecario, elaborado por un equipo integrado por profesores de la Escuela de Bibliotecología y Archivología de la UCV y por el personal profesional disponible, escaso pero bien calificado, el cual conformó sub-comisiones por temas y dio sus recomendaciones con precisión y prontitud. Estas eran: activar el cumplimiento del depósito legal, procesar técnicamente la colección, publicar la Bibliografía Nacional (con veinte años de rezago) definir el servicio de canje y donaciones, así como el procedimiento de préstamo, en virtud de los ejemplares mutilados y del préstamo de títulos únicos para ser llevados al hogar.

A falta de catálogo, no les fue posible hacer un análisis del contenido de las colecciones. Aun así, la consulta a los investigadores activos arrojó resultados muy orientadores. El historiador Ramón J. Velásquez le asignó la mayor importancia a la colección hemerográfica, especialmente a la prensa del siglo XIX, don Pedro Grases destacó la colección de folletería Dolge y la musicóloga Ingrid Hernández, las partituras musicales venezolanas.

En lo que todos los investigadores coincidieron fue en reconocer la *Colección Arcaya* como *la joya de la corona*. Una visita a su sede de El Paraíso, —construida especialmente para albergarla por el Dr. Pedro Manuel Arcaya—, evidenció la magnitud de ese tesoro de 147.119 ejemplares. Allí también se acometió el arreglo de servicios básicos y se designó como directora a la bibliotecaria María Teresa Arcaya de Mezquita, quien desempeñó esa tarea durante veintiún años, acompañada del curador José Guillen, aún activo.

Al disponer del inventario de la colección bibliográfica, se confirmó lo temido: graves vacíos en las publicaciones oficiales seriadas, la colección extranjera era mayor que la venezolana y esta, a su vez, muy deficiente en títulos del siglo XX, por incumplimiento de la Ley de Depósito Legal. La institución carecía de los recursos financieros para cubrir esos vacíos, pero contaba con la voluntad del Dr. Velásquez para superar el problema, quien así lo hizo al promover la creación de la Fundación para el Rescate del Acervo Documental Venezolano (Funres), adscrita a la BN.

Gracias a la diligencia de su director ejecutivo, el Dr. Armando Durán Aché, se adquirieron colecciones bibliográficas privadas del siglo XX y se logró la transferencia gratuita del Notis, un novedoso sistema de catalogación automatizada, compatible con el formato MARC, diseñado por la Northwestern University, así como la capacitación del personal responsable de su aplicación en una enorme computadora, cedida por la IBM.

El catálogo colectivo automatizado de publicaciones venezolanas y relativas a Venezuela disponibles en bibliotecas de EE.UU., Canadá e Inglaterra, contratado por Funres a Northwestern, tuvo dos consecuencias significativas: demostró que, en el medio académico, la creencia del despojo de nuestra bibliografía y hemerografía por parte de las grandes bibliotecas universitarias del primer mundo era infundada y dio inicio a nuestro propio Catálogo Colectivo Nacional Automatizado.

El ingeniero Eduardo Menda, jefe de los Servicios de información científica y tecnológica de la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica

(Conicit), nos dio a conocer un informe del asesor sueco de la Unesco, Björn Tell, en relación con el Catálogo Colectivo de Revistas Científicas que Conicit se proponía elaborar y que, según Tell, era una función de la BN. En consecuencia, Menda transfirió a la BN el personal a su cargo destinado a ese proyecto y así despegó el procesamiento técnico de esa colección.

Por las características del diseño original del edificio de la BN, estábamos ante la disyuntiva de impedir el acceso del gran público al local o de adecuarlo de tal manera que pudiera servirles tanto al público como a los investigadores. Optamos por la segunda alternativa al destinar la Sala de Lectura, y la estantería que la rodeaba, a la Biblioteca Pública Central de Caracas, con colección y empleados propios, y asignar el edificio anexo para alojar la colección de la BN y el servicio a los investigadores, previendo el ingreso de ellos por un corredor que facilitó la Corte Suprema.

Además de esas medidas circunstanciales, era menester atender la programación del nuevo edificio y obtener un local donde alojar la Hemeroteca Nacional. El Ministerio de Obras Públicas nos asignó la antigua pista de patinaje Mucubají, en las inmediaciones del Nuevo Circo, por la facilidad que suponía para la instalación de una estantería metálica que permitiera almacenar los periódicos horizontalmente, una medida sencilla pero importante para fines de preservación. Curiosamente, los ingenieros y arquitectos del Ministerio de Obras Públicas fueron los funcionarios más eficaces y consecuentes a lo largo del proceso de desarrollo del sistema de servicios de bibliotecas.

Le correspondió al próximo presidente de la República, Luis Herrera Campins, inaugurar la nueva sede de la Hemeroteca e, igualmente, poner la primera piedra de los edificios vecinos de la BN y del Archivo General de la Nación. Desde ese momento, el presidente Herrera Campins fue un aliado invaluable, como lo había sido el presidente Pérez, tanto en lo relativo a la construcción del edificio, como en el desarrollo de redes estadales de bibliotecas públicas.

6. LA ADOPCIÓN DE UN MARCO CONCEPTUAL PARA EL DISEÑO Y DESARROLLO DEL SISTEMA NACIONAL DE BIBLIOTECAS

Paralelamente a la atención de lo urgente, el azar nos deparó la oportunidad de atender lo trascendente, al enterarnos en 1974 de la aprobación por la Unesco de un marco conceptual para la organización de Sistemas de Servicios Nacionales de Información, denominado Notis, cuyo contenido se aplicaba como anillo al

dedo a la situación de Venezuela. En consecuencia, solicitamos la designación de una Comisión Presidencial responsable del establecimiento de un Sistema Nacional de Información, la cual fue creada mediante el Decreto n.º 559, el 19 de noviembre de ese mismo año.

Gracias a la solidaridad de la bibliotecóloga Celmira Tirado, de Fudeco, y al apoyo de Eduardo Menda, del Conicit, pudimos convocar a una muestra representativa de los especialistas en información del país. La comisión estuvo integrada por ciento cuarenta y tres profesionales de dieciocho disciplinas, procedentes de cincuenta y un organismos públicos y privados, y de representantes de cuatro organismos internacionales, quienes a partir de esa experiencia inédita identificaron problemas comunes y recursos por compartir. El directorio de la comisión estuvo conformado por: Ruth Lerner de Almea, viceministro de Educación, quien la presidió; Juan Liscano, en representación del Comité coordinador del futuro Conac; el director del Oficina Central de Información (OCI), Eduardo Menda en representación del Conicit; el diputado del Movimiento al Socialismo (MAS), Germán Lairet, en representación del Congreso de la República; y Pedro Pérez Torbello, jefe del sector educativo del Presupuesto Nacional, así como otros funcionarios públicos. Ellos adoptaron el proyecto como suyo y lo defendieron en sus diferentes etapas.

Se designaron sub-comisiones responsables de elaborar un diagnóstico de la situación de los diferentes recursos y servicios que integrarían el sistema y, al término de un año, el informe final fue entregado al Presidente de la República. Consecuente con lo acordado un año antes, le envíe una carta en la que le presentaba una terna de posibles directores de la Biblioteca Nacional. No obtuve ninguna respuesta.

Un año más tarde, el gobierno adoptó el Notis, mediante Decreto n.º 1.759 del 7 de septiembre de 1976, para cuya ejecución estableció la Comisión Nacional para la organización del Sistema Nacional de Servicios de Bibliotecas y de Información Humanística, Científica y Tecnológica, y nombró como secretaria ejecutiva de la misma a la directora de la BN.

Una de las recomendaciones de la primera Comisión fue la de derogar el *Estatuto* y el *Reglamento Interno de la BN*, de 1916, y promulgar una ley que le otorgara un soporte jurídico cónsono con la jerarquía de la institución. El Dr. Raúl Nass, abogado con vasta experiencia como funcionario público y de la Organización de Estados Americanos (OEA), fungía de sub-director, y su aporte fue invaluable durante el proceso de reinención de la Biblioteca Nacional,

especialmente en lo concerniente a sus bases jurídicas. Él se responsabilizó de seleccionar al experto que redactó el proyecto de ley del Instituto Autónomo Biblioteca Nacional y de Servicios de Bibliotecas, y de entregarlo a un grupo de Senadores, representantes de todos los partidos presentes en el Congreso, donde se discutió y se aprobó en junio de 1977. Un mes después, el 27 de julio, día del Bibliotecólogo, el Presidente de la República promulgó esta ley.

Se trataba del primer país que había adoptado el Notis y ello fue motivo de regocijo en la Unesco, a tal punto que enviaron como emisaria responsable de constatar la buena nueva a la Dra. Diakonova, quien al término de su visita me dijo: “*You are a brave woman*”. Le contesté: “Así somos las mujeres venezolanas”.

El efecto más importante de la adopción del Notis fue la obtención de un préstamo del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), destinado a la contratación de más de veinte expertos en diversas áreas de la organización, preservación y acceso a las colecciones impresas y audiovisuales de las bibliotecas nacionales. Nos reservamos el derecho a escogerlos; pudimos contar así con el asesoramiento del sub-director de la Cinemateca francesa, el jefe de conservación de fotografías de la BN de Canadá, y la directora de Bibliotecas Públicas de ese país, Anne Pellovsky, bibliotecóloga infantil de la ciudad de New York.

Uno de esos expertos escogido fue el bibliotecólogo Frazer Pool, responsable de coordinar las dos ampliaciones de la Biblioteca del Congreso de EE.UU. Al conocerlo, los arquitectos Sanabria, a quienes el Ministerio de Obras Públicas había contratado para el diseño del edificio, se dieron cuenta de quien era Pool y le pidieron participar en el proyecto. Ello trajo consigo un alto nivel de eficiencia, una vez que el edificio fue ocupado por etapas, como estaba previsto. El no haber realizado su inauguración con bombos y platillos ha significado que esta obra no se haya atribuido a una gestión presidencial, lo cual es ventajoso, porque se trataba de un proyecto del país. En consecuencia, tampoco aparece en las reseñas de los logros del sector cultura o del sector educativo de los cuarenta y nueve años de democracia.

En la ley del Instituto Autónomo Biblioteca Nacional y de servicios de bibliotecas, se le asignó a la BN el rol de núcleo normativo y coordinador del Sistema Nacional de Servicios de Bibliotecas, depositaria de la memoria impresa y audiovisual del país, impulsora de las redes estadales de Bibliotecas Públicas, y ente normativo de los otros tipos de bibliotecas.

La colección de la BN contaba en 1975 con unas cien mil piezas y hoy cuenta con más de ocho millones recuperadas, organizadas y preservadas. De estas, 2.692.128 corresponden al Archivo Audiovisual de Venezuela, el cual incluye diferentes versiones del diseño gráfico, grabaciones sonoras, fotografías, videos y cine. Su colección de fotos del siglo XIX de América Latina y El Caribe ha sido designada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco, y la de mapas raros y antiguos, de esa misma región, es la más grande de las bibliotecas miembros de la Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica (Abinia).

La Federación Internacional de Asociaciones de Bibliotecas (cuya sigla en inglés es IFLA) designó al Centro de Conservación de la BN, a cargo de Lourdes Blanco, como punto focal de su programa de preservación y conservación para América Latina y El Caribe, lo que implicó la selección y traducción de las políticas, normas y procedimientos de preservación de papel más avanzados y su divulgación en Iberoamérica, gracias a la revista *Conservaplan*. Además de capacitar personal técnico de la región, con la participación de especialistas del exterior, la Abinia fue el vehículo para compartir nuestras experiencias con entes afines.

7. EL ESTABLECIMIENTO PROGRESIVO DE VEINTITRÉS REDES ESTADALES DE BIBLIOTECAS PÚBLICAS DESCENTRALIZADAS

A pesar de que aún no se había implementado la elección de los gobernadores, el establecimiento progresivo de veintitrés redes estadales de bibliotecas públicas se inició en cada estado mediante decretos de los gobernadores. Llegaron a estar en funcionamiento seiscientos cincuenta servicios de varios tipos en el 85% de los distritos del país, lo que fue modélico para otros países del continente, especialmente para México.

En 1999, durante el proceso de gestación, las Redes de Bibliotecas Públicas (RBP) contaban con más de seiscientos servicios ubicados en el 87% de los distritos del país, que en ese mismo año atendieron a treinta y cuatro millones de usuarios, quienes consultaron dieciséis millones de libros y otros materiales impresos.

Diversos funcionarios de alto nivel de la BN asumimos la responsabilidad de apoyar a los coordinadores estatales, mayoritariamente mujeres, en la tarea de persuadir a las autoridades para la adopción de un nuevo tipo de bibliotecas públicas (BP) abiertas, actualizadas y acogedoras.

Las coordinadoras de las RBP, diez de ellas provenientes del semillero del Banco del Libro, eran responsables del desarrollo, progresivo y descentralizado, de cada Red, en alianza con las Gobernaciones de Estados, entidades encargadas de proveer el personal y de financiar sus gastos de funcionamiento. Además, asignaban los recursos financieros, provenientes del fondo del situado coordinado, para la remodelación o construcción de locales y la adquisición de mobiliario y equipos.

La primera tarea de un coordinador de red era instalar, en la capital de cada estado, una biblioteca pública que permitiera demostrar, en pequeña escala, el tipo de servicio deseado. La biblioteca Pío Tamayo de Barquisimeto fue la única del país cuya calidad la hizo acreedora de ser designada Biblioteca Pública Central del Estado y núcleo de la Red. A pesar de todos estos esfuerzos de demostración, el servicio que sedujo a la población y convenció a las autoridades fue el *Bibliobús*, creado en veinte capitales de entidades federales, gracias a la visión y solidaridad del ministro de la Juventud, Alfredo Baldó Casanova.

Durante la segunda presidencia de Carlos Andrés Pérez, el ME estableció como una de sus metas prioritarias el mejoramiento de la calidad de la educación básica, sobre todo del aprendizaje de la lectura y la escritura en los tres primeros años de escolaridad; dio continuidad al conseguimiento de esa meta el Ministro de Educación Cárdenas, en la segunda gestión del presidente Caldera. A tal fin, en 1994, se creó Fundalectura, que se adscribió a la BN y se dotó de recursos financieros provenientes de préstamos del Banco Interamericano de Desarrollo y del Banco Mundial.

El proyecto consistió en actualizar, teórica y metodológicamente, a cinco mil ochocientos cincuenta y cinco (5.855) maestras activas de primer grado, quienes voluntariamente se incorporaron al proceso de redefinición de su rol en el aprendizaje de la lectura y de la escritura de sus alumnos, utilizando una variedad de libros de literatura infantil disponible en el aula, complementados con otros provenientes de las bibliotecas públicas.

Treinta y dos años más tarde de la publicación de *Un niño venezolano*, se logró vincular el sector académico con la industria editorial infantil, con la biblioteca escolar y pública, con los docentes y con sus alumnos, en un esfuerzo conjunto de promoción de la lectura desde la base de la pirámide.

Los logros alcanzados se deben principalmente a una misión, a la visión y a los valores compartidos, a la contribución de especialistas venezolanos y

extranjeros, al apoyo de organismos internacionales y gobiernos extranjeros, a la transferencia de nuevos conocimientos y tecnologías, y a la receptividad de las diferentes corrientes ideológicas representadas en el Congreso y en el Ejecutivo. Todo esto permitió dar continuidad al proyecto y, sobre todo, la participación entusiasta y perseverante del personal de la BN. Por eso hago mía la afirmación de Mario Benedetti: “Uno más uno son once”.

Están pendientes los análisis académicos de la labor cumplida. La tardanza en hacerlo puede atribuirse a las características de su desarrollo: paulatino, divorciado de identificación personal, partidista y gubernamental, y, también, a la falta de una adecuada divulgación de sus recursos y servicios. Todo ello en el marco de un fenómeno de mayor envergadura: la escasa investigación en el área de Humanidades y Ciencias Sociales sobre los procesos sociales del país, a pesar de la disponibilidad de mayores y mejores fuentes de consulta, así como la falta de valoración de sus resultados por parte de los entes públicos. Ojalá que esta conversación promueva en algunos de ustedes el deseo de sistematizar el análisis de los procesos de cambio social que les he relatado.

Muchas gracias, profesora Rivas, por su invitación, y a ustedes por su presencia.